

ct

A Margarita

de
Carlos Be

(fragmento)

EVA.- ¿Me quieres?

ADÁN.- ¿Hay alguien más?

...

16.253

*

16.252

*

16.251

Siempre hay algo misterioso en abrir un supermercado por la noche.

Das las luces,
se enciende todo
y está vacío,
lleno de productos
pero vacío de gente.

Sólo he tenido que hacerlo un par de veces, una vez por una falsa alarma y otra por un rodaje.

Los pasillos no dan miedo: es como estar en un sitio en el que no deberías estar.

Como si te dijeran que vas a morirte cuando aún estás viva. ¿Qué haces?

*

16.245

Mi médico ha sido el único en acordarse de mi cumpleaños. Él me ha dado el regalo, mi único regalo, y vaya qué regalo de cumpleaños... El último. Como para no acordarse. Mi último regalo de cumpleaños

de mi último cumpleaños.

Miento, la mediana también se ha acordado, me ha llamado hace nada, pero es tan aburrida que no sé para qué le vale el esfuerzo. Le digo:

–Hija, muchas gracias por acordarte. ¿Vas a cantarme cumpleaños feliz?

–Mamá, no seas burra. Adiós.

Aburrida hasta decir basta. Ah, antes de colgar me ha dicho que lo celebraremos juntas el próximo fin de semana, que éste no da abasto en el trabajo. Qué plan. Dudo mucho que para entonces esté yo

para mucha algarabía.

–No cuentes con llegar al año –ha dicho el médico. Primero me felicita el cumpleaños y después me dice: –No cuentes con llegar al año.

¿Qué os parece?

–La esperanza en casos como el tuyo es de medio año.

–¿“La esperanza” de qué?

–De vida.

Medio año. La esperanza de vida. Seis meses. De vida. De mi vida. Ciento ochenta días.

180

Lo primero que te preguntas es por qué a ti.

–Cuestión de probabilidades –dice el médico.

Lo segundo es por qué nadie lo sabe.

“Cuestión de probabilidades”. Y que una de cada mil mujeres lo padece. Una de cada mil. Para algo que me toca, ya es mala pata, podría haberle tocado a otra. A ti o a ti o a ti... o a algún hombre también. El médico dice que este tipo de cáncer es más frecuente en mujeres que en hombres, y no estoy hablando de cáncer de útero, lo aclaro por si hay algún gracioso en la sala. De éste no se libra nadie, ni las unas ni los otros. Mi regalo de cumpleaños es un cáncer de un órgano tan anodino que cuando me ha llamado Julia, mi hija la mediana, sólo se me ha ocurrido la tontería de pedirle que me cantara cumpleaños feliz. Tan inverosímil comenzar a hablarle de la vesícula biliar. Es cierto que con ella hablo poco, pero ¿de la vesícula biliar? Si nunca he hablado con nadie de mi vesícula biliar. Ni de la mía ni de la de nadie. ¿Quién habla de su vesícula biliar? ¿Quién ha hablado hoy de su vesícula biliar? ¿Y de qué se habla cuando se habla de la vesícula biliar? Es más, ¿alguien sabe que tiene vesícula biliar? Ahora sí, ahora todos decís que sí. ¿Y para qué sirve? ¿Qué relevancia tiene? No sé ni dónde está, yo de eso no tengo. El médico me ha dicho que sí.

–Aquí.

Tenía las manos heladas, y eso que no fuma.

–¿Y para qué sirve?

–Más bien para poco, no te engañe.

¿Me está diciendo que voy a morir por culpa de algo que sirve “más bien para poco”? No puedo morir por algo que sirva “más bien para poco”. Puestos a morir, que sea por algo que sirva “más bien para todo”, “para mucho”, “para bastante”... Algo como el corazón o el cerebro, o los pulmones, podría ser cáncer de pulmón aunque no fume, yo tampoco fumo: por los coches, por la contaminación, por lo que sea, ¡pero un motivo!, con eso me quedaría tranquila, necesito un motivo... y dar con uno para el cáncer de pulmón es lo más sencillo del mundo, saber por qué a mí, o de útero, ojalá hubiera sido cáncer de útero, como el que le diagnosticaron a mi amiga Lucre la dentista hace cinco años. Por suerte, ella ya no quería más hijos –tiene dos–, pero todas pensamos, no podemos evitarlo, que una mujer sin útero no puede seguir siendo una mujer –como un hombre sin pene, vamos... bueno, un hombre sin pene lo tiene más difícil–. Lo que decía, si hubiera sido cáncer de útero, o de mama, a ver, como mínimo sentiría mi feminidad comprometida y todo eso, pero ¿con qué me compromete la vesícula biliar? Con nada. Un útero sabemos por lo que lucha: por la mujer y nuestros derechos, sueldos equitativos y todo lo demás. Una mama también, una mama también tiene sus reivindicaciones: más meses de baja maternal, más ayudas para pañales. ¿Pero una vesícula biliar?

–Lo siento.

El médico me acompaña y no sólo hasta la puerta, me acompaña hasta la calle. Saca una cajetilla de

la bata y fuma. No sabía que fumara.

–No sabía que fumaras.

–Lo siento, Margarita.

Yo aún no lo sé. Aún no sé cuánto voy a sentirlo.

María, una de las cajeras del súper, me pregunta si todo bien.

– Sí, sí.

Y me he encerrado en el despacho.

Ya lo sabéis. Cáncer de vesícula biliar y ciento ochenta días.

Es cierto que la vida te pasa por delante. Te acuerdas de lo que quieres acordarte y también de lo que no quieres acordarte. Es la manera que tiene la vida de compensarte que no tengas futuro: empieza a llenarte de recuerdos.

Casi no me reconozco

en el despacho, sentada en la butaca

con la vista atrás, viendo todo lo que había dejado

olvidado, incluso de mí misma. Si puedo confesaros algo, lo único que

quiero, lo único que deseo, con ciento ochenta días por delante, es querer a alguien y, por encima de ello, que alguien me quiera. Es igual si yo no le quiero, no hay tiempo que perder: alguien que me quiera.

Cáncer de vesícula biliar y ciento ochenta días,

los últimos ciento ochenta días de mi vida

y no se me ocurre mejor manera

de empezar a terminar

mi vida

que llamando a mi ex.

A veces una está tan desesperada que no se reconoce.

–¿Alberto?

Mi ex se llama Alberto. Es su nombre real. Cuando me decidí a contar esta historia, me planteé usar nombres falsos, principalmente por ellos, para resguardar su intimidad, pero pensé qué diablos, nunca he conocido a un hombre que haya abierto un libro en su vida, no digamos ya ir al teatro.

–¿Alberto? / Hola... / ¿Cómo que qué quiero?

Alberto García Pedregal. Quedáis advertidas. Un miserable. Le llamo porque es el primer nombre que aparece en la agenda, no existe otra explicación. Aparte de mi ex y el padre de mis tres hijos, que no me olvide, es, entre otros logros, un hijo de puta, con perdón de mi suegra, que también es ex, exsuegra. La manzana nunca cae muy lejos del árbol. No sabéis lo que tuve que aguantarle a esa... mujer. Me decía la muy... mujer con su hijo plantado a su lado:

–Hija mía, no hay mayor seguridad que la de sentirse bien casada.

Qué razón tenía porque lo que fue sentirse mal casada durante diez años no tiene nombre.

(Respiro hondo) Ay, hemos dejado Alberto al teléfono y cómo le cuento yo ahora que he ido al médico a recoger los resultados de unas pruebas, de esas de cada equis años, y mi vida ha dado un vuelco. Un vuelco de ciento ochenta días.

–Alberto, quería contarte que esta mañana he ido al médico a recoger los resultados de unas pruebas, de esas de... / Espera... / Alberto... / ¿Me dejas hablar? / Alberto, te lo he dicho muchas veces, por teléfono... / Mejor. / ¿Que qué? / Pues claro que estoy bien... / Pero... / ¿Cómo...? / ¿Qué? / ¡Alberto! / ¡Alberto, por favor! / ¿Qué? / ¡Qué! / ¡Que te quiero!

(Cuelgo el teléfono) ¡Mierda! ¿Por qué las mujeres siempre la cagamos en el primer impulso? Las mujeres en el primero y los hombres en el primero y en los siguientes, lo vuestro es algo fuera de serie. ¡Me saca de quicio! ¿Qué le digo cuándo...? No, no volverá a llamar, no es tan imbécil.

Volverá a llamar. Con lo que pueden dar de sí seis meses, la de planes... ¡Desaparecer en una isla desierta!, eso es lo que debería hacer, pero no, lo primero, la gilipollez del siglo, llamar a mi ex porque lo tengo en la A. *(Suena el teléfono)* Tierra trágame.

–Alberto, oye, lo que has oído no es lo que quería decirte. / ¿Cómo? ¿Eso he dicho yo? / ¿Seguro que tu teléfono no hace ruidos extraños? / ¿Qué dices? / Pero, pero, pero, Alberto, por favor, en diez años de matrimonio nunca has dicho nada tan gracioso...

Hala. Me ha colgado. Arreglado.

¿Y ahora a quién se lo cuento? A alguien se lo tengo que contar. No sé cuánto tiempo ha pasado y aún no se lo he contado a nadie, os habéis dado cuenta.

Mi amiga Lucre la dentista. *(Llamo por teléfono)* No lo coge, estará atendiendo. Llamo a su secretaria, Ana es un cielo, tiene una voz más bonita.

Nada más oír su voz me desmorono

rompo a llorar.

Pregunta quién soy

no le respondo.

–¿Se encuentra bien? Señora, tranquilícese. Disculpe... Por favor... ¿Señora?

(Cuelgo el teléfono) Ya no son ciento ochenta días.

*

179

¿A qué estamos dispuestos por vivir? Es difícil responder con sensatez a la primera. Mi vida no es nada del otro mundo: trabajo desde hace años en un súper y en general estoy tranquila, sin demasiados sobresaltos. Ahora mismo no sé a qué querría dedicarme si me propusieran cambiar de trabajo; sin embargo, sí sé que de aquí a veinte años me gustaría seguir viva, sin lugar a dudas, pero ¿detrás de este escritorio? No sé yo. Ahí os lo dejo, vosotros contáis con más tiempo que yo para hacer los deberes.

Ciento setenta y nueve días. Es un número aproximado, no sé si quiero saber con precisión el día de mi muerte, aunque por otro lado no me vendría mal para prever cuatro detalles, nada especial: comprarme unos zapatos bonitos para el ingreso en el hospital; ir a la peluquería para que me dejen bien guapa –la muerte no puede cogerte desprevenida sin haber ido a la peluquería–; quizás me comprase un perfume que hace años le tengo el ojo echado, carísimo, pero huele tan bien.

Lo pienso casi por distraerme, en el fondo cualquier muerte es mejor que la que pudiera esperarme de vieja, olvidada por mis hijos en una residencia, como si yo no existiera para ellos. No sé si me ha tocado la peor familia del mundo pero unidos, lo que se dice unidos, no estamos. Será la muerte la que nos una, porque lo que es la vida no ha puesto demasiado ahínco. Al que veo más es al mayor, discute a menudo con su mujer y luego se viene a comer a casa. Engulle de una manera... a dos carrillos. El pequeño sólo llama cuando necesita dinero y la mediana... La mediana es tan aburrida que mejor que no llame. De todas formas, en algún momento tendrán que enterarse. Mejor si primero ordeno la casa. El único buen consejo que he recibido nunca fue de mi padre, que en paz descansa, en su lecho de muerte:

–Margarita, atiende a todo el mundo y después haz lo que más te convenga.

Un beso, padre. Ya no voy a hablar más de ti. Te veo pronto.

*

173

Ciento setenta y tres días. El médico ha descartado la cirugía. El cáncer se halla demasiado extendido. He comenzado las sesiones de quimio y radio. La radio es localizada, en el vientre. El cabello no se me caerá, aunque estoy un poco asustada por los efectos secundarios. Parece ser que la radio lo quema todo, los tejidos buenos y los malos. Noto un leve picor en la piel pero no me rasco. Las enfermeras dicen que es normal al principio. Sigo yendo al trabajo con normalidad. Por el momento, mi jefe es el único que lo sabe. Al final se lo dije a él. El primero. Ha sido muy comprensivo. Su mujer también padeció cáncer, renal. Ahora está bien.

–Yo también estaré bien –le digo–, pero llegaré tarde al trabajo unos cuantos días. Las sesiones son a primera hora...

Que no me preocupe y me besa en la mejilla. Nunca me ha besado en la mejilla. Le doy pena. No voy a decírselo a nadie más.

(Suena el teléfono) Paso por frutería y me guardo una naranja en el bolso. Me apetece para después. Josele, una de las cajeras, me pregunta quién llama. *(Le muestro el nombre en la pantalla del móvil.)*

–¡Cógelo, mujer! No te va a morder.

–*(Descuelgo el teléfono)* Hola, Alberto. / Bien, en el súper. / ¿En media hora? No, en una hora, tengo trabajo... / Me la repampinfla si es “muy importante”. / En la puerta, sí. Adiós.

Una hora para arreglarme.

–¡Josele!

Qué sería de Josele sin sus pinturas. Como dijo primero Napoleón y después Josele, las mujeres tenemos dos armas poderosas: el maquillaje y las lágrimas. “Por suerte no podéis usar las dos al mismo tiempo”, eso lo dijo sólo Napoleón.

A la media hora está llamando, qué pesado. Ya está aquí, ahí está en su todoterreno, aparcado en doble fila delante del súper.

Me pregunta si puede dejar el coche ahí, que haga lo que quiera. Lo deja con las luces de emergencia. Le llevo a la cafetería donde vamos los del súper, en la esquina, y para tranquilidad de Alberto se ve el coche desde dentro. A mí no me apetece nada, sólo la naranja que llevo en el bolso, pero para casa, viendo la tele. Alberto no aparta la vista de su todoterreno. Si se lo llevara la grúa le daría una embolia. Si tuviera cerebro.

–Alberto, qué es eso “muy importante” que no podías decirme por teléfono. Si es sobre lo que te dije la semana pasada...

–¿A qué te refieres?

–Nada, nada, dime –qué ridículas somos las mujeres a veces, me pica mucho el vientre...

–Es sobre tu hijo pequeño.

–Mi hijo pequeño. ¿Juan? *(Él asiente. No entiendo nada)* ¿Qué le pasa?

–Marga, ¿tú sabías que...? *(¿Qué?)* Juan es homosexual.

(Me llevo la mano al pecho) Me parto.

–Nooo. *(Él vuelve a asentir)* ¿Homosexual-homosexual? *(Que sí, que sí, hace con la cabeza)*

¿Quieres decir... maricón? Alberto, ¿estamos hablando de la misma persona? ¿Te refieres a Juan, el pequeño, mi hijo pequeño, que también es tu hijo, nuestro hijo Juan; Juan, el mismo que nunca trajo una novia a casa; Juan que se encerraba con su hermana Julia en el cuarto de baño –¿qué significa

eso, me estás pidiendo que baje la voz?— para hacerse coletas y pintarse las uñas; Juan que nos despertó una noche dando brincos de alegría en la cama porque le había bajado su primera regla? ¿Que no me pidas que baje la voz porque de toda la cafetería el único que aún no sabe que su hijo es maricón, es su padre, a ver si te das por enterado porque de otra manera no se me ocurre, o quién te invitó hace un año a la presentación de su primer libro *El orgullo gay es pura fantasía* y aún está esperando a que te dignes a responderle a su invitación ni que sea con un “Púdrete”! ¿Hablamos del mismo Juan, de nuestro hijo Juan?

—Yo no podía imaginármelo. Siempre ha tenido amigos raros —chochea, está chocheando—.

—Justifícate como quieras. En cualquier caso, quédate tranquilo porque que él sea maricón no va contigo, con el padre modélico que tiene, un padre que trabaja con los mejores abogados del país y ha cuidado de él y de sus hermanos toda la vida y les ha procurado siempre todo lo mejor y más. ¡Adiós y hasta nunca!

Me voy, así de fácil, me pongo la chaqueta, el bolso al hombro, Alberto sigue pasmado, cojo la puerta y... No, espera, vuelvo a la mesa, me siento frente a él y:

—Alberto, ¿por qué querías verme? ¿Qué pasa, te han comentado algo de Juan en tu trabajo...? (*Asiente*) Vete a la mierda. Hijo de puta. Vete a la mierda.

Ahora sí me voy,

intenta cogerme de la muñeca,

le sudan las manos, su tacto me repele, retiro el brazo,

le sorprende mi fuerza, me siento tan violenta. Paso al lado del todoterreno

y me entran ganas de rayarle la chapa con las llaves... Saber que vas a morir te sitúa un poco por encima del bien y del mal...

Regreso a casa en bus. Alberto trabaja en una asociación de abogados muy vinculada a la política y me temo que un hijo demasiado activo en determinados ámbitos liberales no le da muy buena imagen. ¿Cómo es que su padre se ha enterado ahora? ¿Por qué no ha querido darse cuenta hasta ahora? (*Saco del bolso un pañuelo de papel para el regazo y la naranja*) Qué sabor más extraño. Ay, si me lo advirtieron las enfermeras, la quimio altera el gusto. No me sabe a naranja. ¿Se alterarán otros sentidos? ¿Dejaré de oler? ¿Y el tacto? Espero que el tacto no. Las mujeres, si no tocamos, no vemos. Cómo le sudaban las manos al sinvergüenza.

(*Jugueteo con el móvil entre las manos. Llamo*) Mi amiga Lucre no me coge el teléfono. Me veo reflejada en la ventanilla, tengo miedo y el bus no se detiene, necesito toallitas desmaquilladoras.

Por primera vez desde que me

diagnosticaron el cáncer,

tengo miedo. Esta

noche pasaré

miedo.

*

(*Suena el teléfono*) Despierto abrazada al libro del pequeño. Ciento setenta y dos. Su padre.

—Dime, Alberto. / Buenos días, sí. Dime. / Estaba por meterme en la ducha... / Vaya. Así que pronto se convocarán oposiciones y tu familia oposita contigo, ¿es eso? / Más o menos. Oficiosamente te

sumamos o restamos puntos, ¿no? / Más bien te restamos, claro. ¿Pues sabes qué? Escúchame... ¡No, escúchame! Yo no he insinuado que seas mal padre, para nada, nunca. ¿Quieres escucharme! Mal padre no. Mala persona.

(Cuelgo el teléfono) La primera vez que supe con seguridad que lo nuestro no iba bien, estaba ya embarazada del mayor. A Alberto se le metió entre ceja y ceja instalar el satélite en casa. Si llego a saberlo, me niego en redondo. Se compró la parabólica y cantaba goles todo el día. ¿Sabéis lo que es eso? Desde el viernes por la tarde hasta el domingo por la noche, una pesadilla ininterrumpida. ¡Gol! ¡Gol! ¡Gol! Qué últimos meses de embarazo tan horrorosos. Llega un momento en la evolución del hombre, del varón, que entra en simbiosis con el sillón y la cerveza y no importa a qué equipo respalde, lo importante es ganar, uno contra el otro: sólo necesita un uno y un otro y a nosotras detrás corriendo con la cerveza que creemos que el nuestro es el hombre más maravilloso del mundo sin saber que el hombre más maravilloso del mundo cree que nuestro corazón está hecho de maravillosa esponja de fregar. Fue la primera vez que pensé en dejarle, detrás de él en el sillón, con el primer memo en la tripa y una lata de cerveza abierta inclinada sobre su cabeza. Al satélite le siguió todo lo demás que, a grandes rasgos, desembocó en un acontecimiento más que previsible: la amante. Me dejó con los tres niños, el pequeño recién nacido. Había habido otras mujeres antes, escarceos esporádicos sin importancia, como en la vigilia del parto del mayor, que aproveché mi ingreso para irse de putas. Me enteré al día siguiente, con el bebé en brazos, por accidente, sin querer, los hombres cuando cruzan una puerta sólo tienen cara de dos cosas: de querer haber entrado o de mejor no haber entrado.

Con la llegada de la amante oficial, decidí sacar a la familia adelante como si nada pasase. En una familia, si hay que decidir algo, tiene que decidirlo la mujer sola... y aborarlo sola, y muchas veces nos equivocamos: no somos infalibles. Los tres niños eran demasiado pequeños para darse cuenta de lo que ocurría. Lo que no me esperaba es que él se fuera a vivir con ella, que también tenía hijos, y no quisiera pasarme dinero para los niños. Busqué un trabajo que pudiera hacer desde casa, no podía dejar a los niños solos y una canguro era un lujo. Maldito el día en que se me ocurrió llamar a mi suegra. Llegó a casa con el golpe maestro bajo el ala, recuerdo que estaba yo amamantando al pequeño y me dijo que me ayudaría de todo corazón: se llevaba a los dos mayores a vivir con ella. No sé qué me dolió más, que quisiera llevarse a mis hijos o que no le importara separar a los hermanos. La muy... Lo que no había conseguido su hijo, lo consiguió la madre. Me cortó la leche. El pequeño bromea mucho con esto, dice que se volvió gay por tanta leche en polvo de pequeño, que ahora tiene carencias. Lo cuenta en su libro, dejadme que lo busque. Os lo recomiendo, hay ocurrencias muy buenas cómo lo del tipito estupendo que se les pone a los seropositivos. Él me asegura que anda con cuidado y yo confío en él, aunque me preocupa cuando dice que si no llega a viejo por lo menos habrá disfrutado lo vivido. “Que me quiten lo bailado”, dice. En parte le envidio: ya podría yo haber disfrutado un poco más, aunque ahora mismo no sé me ocurre cómo, toda la vida dedicándola a los demás.

*

La sesión de quimio de hoy me mata. Las enfermeras me regalan una muestra de farmacia de una crema muy buena para las venas quemadas del brazo, ya no puedo ir al súper en manga corta. Me preguntan si me siento con fuerzas para ir a trabajar.

Me quedo de pie en el bus, sólo hay un asiento libre al fondo, muy lejos. Mira, sabes qué, aunque tenga que molestar voy a... Me desplomo en seco.

En un banco, en un banco no sé dónde. Estoy en una parada, ¿en qué parada?, un joven a cada lado, un chico y una chica.

–La que has liado en el bus –dice ella.

–¿Yo?

–Rosa les ha dicho de todo –dice él.

–Más ancha me he quedado.

–Unos subnormales.

–Sí, unos subnormales.

Se llaman Rosa y Gonzo. No viene ningún otro bus y no saben muy bien qué hacer conmigo. Al fin y al cabo, no me conocen de nada. La chica pregunta si hay alguien a quien llamar, que me recoja.

–Llama a quien quieras pero sáltate la A, por favor.

Dice que tengo un teléfono del pleistoceno.

Okey. Del pleistoceno pero llamando, ¿has visto? ¡Oh, no! ¡Bertín!

Bertín no se llama Bertín por Bertín, sino por Albertín, de Alberto. Alberto pequeño. Es el mayor, el primogénito, y, por desgracia, clavado a su padre. Otro hijo de puta, vamos, ya veréis.

–Vaya cochazo –eso es Bertín que ya ha llegado.

Se ha comprado un todoterreno como el de su padre, mismo modelo, diferente color. Me pregunta por la ventanilla quiénes son esos dos. Gonzo es más rápido que yo.

–¿Y tú, pedazo gilipollas?

Podría haberlo dicho más alto pero no más claro.

–Hijo, me han ayudado bla, bla, bla...

Bertín busca en su cartera y saca un par de billetes. El chico le escupe en la ventanilla y ella farfulla algo así como “Qué pedazo gilipollas, señora. Que sea leve”.

El mayor me mira con cara de pasmado. Se pasma como su padre. No, no me está mirando a mí.

Está mirando el lapo en la ventanilla.

–Mamá, ¿por qué asientes?

Tienen razón, hijo, es que eres un pedazo gilipollas, qué quieres que te diga, te viene de familia. Eso lo pienso, no lo digo. A ver si baja del todoterreno para ayudar a su madre. No. Arriba. Me acomodo en el asiento del copiloto –no sé qué deciros, no se estaba tan mal en el banco–, me coloco el cinturón de seguridad y de camino a casa se lo cuento todo. Sin pausa, de principio a fin, desde el día de mi cumpleaños hasta hoy, desde los ciento ochenta días a los ciento setenta. Él conduce sin mirarme. Llegamos al edificio, mete el todoterreno en el parking –ya podía volverme loca buscando la llave del garaje– y en el ascensor subiendo a casa dice, al fin:

–Qué fuerte. Mamá, tienes que prepararlo todo. La herencia y todo eso.

(El ascensor llega a la planta) Lo que os decía, hijo de puta como su padre.

–¡Por lo menos podrías preocuparte por si quiero que me entierres o me incineres o me emparedes detrás de la cabecera de la cama para que te acuerdes de mí cada vez que te acuestes en tu piso nuevo recién heredado!

–Mamá, el piso no es tuyo. Vives tú sola pero no es tuyo. Es el piso familiar, que nosotros nos hayamos emancipado no quiere decir que no vivamos. *(No puedo creérmelo)* Además, no me hagas recordártelo, mamá, pero ya habíamos hablado que el piso sería mío, plaza de garaje incluida.

–¿Cuándo he dicho yo eso? ¡Estoy loca o cuándo te he dicho yo eso! ¿Cuándo he dicho yo que...?

–Bueno, fue papá.

–¡Yo no soy papá! ¡Soy mamá!

–Mamá...

–¡Mamá, sí, mamá!
–Lo sé, mamá. Tranquilízate, mamá...
–¡Estoy tranquila!
–Sabes que vivo en un piso de alquiler con Carmen y los niños, tus dos nietos, Albertín y Carmencita, tus dos únicos nietos...
¿Acabo de contarle lo que acabo de contarle y sigue hablándome de lo que está hablándome?
–Hijo.
–¿Qué?
–Eres un hijo de puta.
–Mamá.
–¿Qué?
–Acabas de llamarme hijo de puta.
–Lo sé, y ahora hazme un favor: no des un paso más, no quiero que entres en mi casa, da media vuelta y espera en tu piso o en tu plaza de garaje o dónde quieras hasta que tu madre críe malvas y luego quédate con la casa y con todo lo que te dé la gana. ¡Adiós!
–Mamá.
–Hijo, te he dicho que...
–Mamá, no quiero que mueras...
–¡No te jode, ni yo!
–... pero puesto que vas a hacerlo, sabes cuánto me gustaría quedarme con tu casa.
Las mujeres, cuando nos convertimos en madres, pasamos de ser buenas directamente a ser tontas.

*